



MISTERIO

EN LA VIEJA MANSIÓN

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN

©: Ángel Menduiña Iribarren

Publicación independiente

Depósito Legal: D 01607–2021

Publicado en ebook: 2019

1ª edición impresa: 2020

2ª edición en color: 2021

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN nació en Donostia-San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha escrito varios relatos de ficción juvenil como EL TREN DE LOS GARBANZOS (2011), MISTERIO EN LA VIEJA MANSIÓN (2012) y MUERTOS QUE ALUMBRAN (2020). Ha escrito, además, otros 16 relatos para adultos, resultando finalista en esta modalidad en el XXII Certamen Literario El Filandón, convocado por El Diario de León (2007), con la obra EL TÚNEL, y en el I Certamen Literario Huellas Plus 55 (2017), convocado por el Ayuntamiento de San Sebastián, con la obra EL MEJOR REGALO.

En poesía ha escrito siete cuadernos: TIEMPO DE HIELO (1983-1989), con el que resultó ganador en el XX Certamen Literario Euskal Herriko Poetak (1990), convocado por Editorial El Paisaje, ENCUENTROS CON EL AZAR (1990), NO TE OLVIDES (1990-2010), RIMANDO CON TRES HERIDAS (1990-2010), NANAS PARA DESPERTAR (2013-2016), TODO SE HALLA EN EL CAMINO (2017) Y CICATRICES (2018-2019). Ha resultado finalista en varios certámenes

literarios, como en el Euskal Herriko Poetak, entre los años 1984-1987, Gemma 1986, y Ayuda 1987 y 1988. Ha colaborado en diversas antologías y revistas literarias.

ÍNDICE

I) LA VIEJA MANSIÓN (julio de 1989) ..	9
II) CONTRATIEMPOS	29
III) EL REGRESO DEL FANTASMA ...	49
IV) LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD	69



I) LA VIEJA MANSIÓN (julio de 1989)

A Julen y a Luci siempre les había llamado poderosamente la atención aquella casona vieja y abandonada que se encontraba aislada en medio del campo, camino del río donde solían ir a bañarse con asiduidad cada verano.

A menudo, se detenían junto a la verja que la rodeaba e imaginaban que entraban en ella y ascendían a su siniestro torreón, viviendo cientos de aventuras en su interior. Pero aunque la citada verja podía saltarse con facilidad, nunca hallaron en sus muros el más mínimo resquicio que les permitiera hacer realidad sus fantasías.

Llevaban varios días especulando sobre el origen de aquellas marcas de neumáticos en el barro, pero pese a que en más de una

ocasión habían permanecido largo tiempo vigilando por si ocurría algo fuera de lo normal, hasta entonces no habían logrado detectar nada extraño.

Una tarde, sin embargo, Luci notó algo distinto y, al regresar del río, se lo comentó a su amigo.

—Sí, Julen. Fíjate bien. Te digo que aquella ventana de la planta baja, junto a la escalera, está abierta.

—¿No te parece una imprudencia entrar por ella? —preguntó el niño.

—¿Qué dices? Llevamos tiempo esperando tener una ocasión como esta. Estoy convencida de que esta casa guarda muchos secretos, y si los descubrimos, haremos de este verano el más emocionante de nuestras vidas.

—De acuerdo —aceptó Julen—. Pero prométeme que pase lo que pase no nos separaremos.

—Te lo prometo —aseguró la niña—. Y que a la menor señal de peligro saldremos inmediatamente de ella.

Atravesaron con facilidad la verja exterior y, tras pasar junto a un antiguo y pequeño cementerio familiar en el que se encontraban cuatro o cinco lápidas casi tapadas por la vegetación, corrieron hasta llegar junto a la ventana que se hallaba entreabierta.

Tras colocar bajo ella un viejo tronco que les sirvió de escalón, pudieron penetrar sin ninguna dificultad en su interior, después de haber levantado con sus manos una destartalada persiana de madera.

Accedieron a un amplio y polvoriento salón impregnado de un intenso olor a humedad.

—Esto lleva más de mil años sin ventilar —apreció el muchacho.

Subieron un poco otra persiana para poder observar más minuciosamente lo que albergaban aquellas paredes, ya que la casa carecía de luz eléctrica.

La estancia se encontraba perfectamente amueblada, aunque la totalidad de sus enseres estaban cubiertos por grandes sábanas blancas amarilleadas por el paso del tiempo.

—¡Ten cuidado! —advirtió Luci—. Hay mugre y telarañas por todas partes.

El chico tomó entre sus manos un pequeño libro que halló en una estantería, y al soplar sobre él, el polvo que levantó le hizo toser repetidamente.

Abrieron la puerta de esa sala, alcanzando un largo corredor que giraba al final de sus extremos en la misma dirección. A ambos lados del mismo, puertas y más puertas cerradas se sucedían, una tras otra, de forma regular. La oscuridad era casi total, pues el resto de las persianas permanecían bajadas y no permitían penetrar el más mínimo rayo de luz.

—Será mejor que regresemos en otro momento, y equipados con nuestras linternas —sugirió Julen.

—Sí. Habrá que volver mejor preparados. La inspección de todo esto puede llevarnos más tiempo del que imaginábamos. Es enorme.

Regresaron sobre sus pasos hasta la ventana que les había servido de acceso y, con mucho cuidado, salieron al exterior.

Antes de irse, encajaron en falso la ventana y retiraron el tronco que les había servido de escalón para poder entrar. Después, rebosantes de una gran emoción, emprendieron el camino hacia el pueblo.

—¡Esto sí que va a ser una gran aventura! —se repetían una y otra vez.

—Aunque al pasar junto a las tumbas se me ha puesto la piel de gallina —reconoció el muchacho.

Julen iba a cumplir doce años. Vivía solo con su padre desde que su madre falleciera casi diez años atrás, víctima de un terrible accidente de tráfico. Él contaba entonces con solo dos años de edad, y aunque no conservaba recuerdos, su padre le había enseñado siempre a mantenerla muy presente. Por eso, el chico se sentía muy reconfortado cuando en sus malos momentos se dirigía a

ella pidiéndole que le diera fuerzas y consuelo.

El hombre trabajaba en una nueva empresa que se había abierto a pocos kilómetros del pueblo en donde residían; y como pasaba la mayor parte del día fuera, a la noche era el único momento en que podía charlar un rato con su hijo.

—¿Qué tal, hijo? —preguntó Enrique al entrar el niño en casa—. ¿Cómo has pasado el día?

—Nada de particular, papá —contestó el chico—. Por la mañana estudié un poco y vi la televisión. Y por la tarde estuve con Luci en el río.

Luci, por su parte, era dos meses mayor que Julen, y vivía con sus padres y con su hermanito Rafa, todavía apenas un bebé, en una casa cercana a la de su amigo. Además,

tenían un avisado perro ratonero de color blanco, llamado Cuco, que se lo había regalado su amigo Julen unos meses antes. No era porque el muchacho no quisiera ocuparse de él; sino porque al tener que permanecer su casa muchas horas vacía, consideró que en la de su amiga estaría mejor atendido.

—Buenas noches, Luci —le saludó su madre—. Llegas justo a la hora de la cena.

—Buenas noches. Enseguida me siento con vosotros. Vengo muerta de hambre. Pero antes voy a saludar a Cuco.

Durante esa noche, ninguno de los niños pudo conciliar el sueño, pensando en las sorpresas que les aguardaban en el interior de aquella fantástica mansión.

A la mañana siguiente, como cada día de lunes a viernes, llegó a casa de Enrique y

Julen, Rosa, una alegre señora de mediana edad que les ayudaba con las tareas que Enrique no tenía tiempo de realizar. Lo primero que hizo fue despertar al chico, con el que mantenía una estrecha relación de complicidad.

—¡Déjame un poco más! —balbuceó—. Esta noche me he dormido verdaderamente tarde.

—¡Venga, Julen, no seas perezoso! —le contestó la mujer—. Ya sabes que tu padre me exige que te obligue a estudiar un poco cada día. Además, hoy tienes que hacer un recado.

En aquel momento comenzó a sonar el teléfono con insistencia.

—¡Julen! ¡Es tu amiga Luci! —le avisó Rosa.

El chico tomó el teléfono entre sus manos y, tras acercárselo al oído, protestó:

—¡Jo, Luci! Ya sabes que yo no puedo salir antes de las once y media. Debo estudiar al menos una hora y, además, hoy tengo un recado que hacer.

—Dime de qué se trata ese recado y, mientras tú haces los deberes, yo me encargo de él. Así tendremos tiempo para hacer una pequeña visita a la mansión.

—¡Por favor, Rosa! —suplicó el muchacho—. Déjame salir hoy a las once. Tengo algo muy importante que hacer. Luci se encargará del recado que querías mandarme mientras estudio.

—Está bien. Pero aprovecha al máximo el rato que te queda. No quiero que luego tu padre me regañe a mí.

—Muchas gracias, Rosa. Te lo prometo.

A las once en punto la niña estaba llamando ansiosa al timbre de su amigo. Julen cerró apresuradamente los cuadernos y los guardó en una carpeta azul que luego introdujo en el cajón de un armario de su habitación. Posteriormente, se precipitó hasta la puerta mientras se despedía de la mujer.

—¡Hasta mañana, Rosa! ¡Y muchas gracias por todo!

Una vez en la calle, los dos niños se dirigieron corriendo con sus linternas en dirección a la mansión.

—No tenemos un minuto que perder —ordenó Luci.

Al llegar frente a ella se detuvieron jadeantes y, tras un profundo suspiro, Julen exclamó:

—Bien. Tenemos casi dos horas para investigar.

Se acercaron hasta la ventana que habían cerrado en falso el día anterior y, de la misma manera que se metieron entonces, se volvieron a introducir en la casa.

Idénticas sensaciones que en la jornada precedente fueron percibidas por los sentidos de los dos amigos en cuanto pusieron los pies en aquel húmedo y polvoriento salón.

—Actuaremos con las ventanas cerradas para que nadie se percate de nuestra presencia —manifestó Julen mientras encendía su linterna.

—Tengamos mucha precaución y procuremos no separarnos —recomendó Luci.

Recorrieron muy lentamente el pasillo de la planta baja de la casa, entrando en las diversas habitaciones que se iban encontrando a los lados del mismo. Todas se hallaban con sus respectivos muebles, pero estos

permanecían tapados con aquellas viejas sábanas ajadas por el paso del tiempo. No pocas telarañas adornaban las esquinas de los techos y de las puertas.

—Ten mucho cuidado, —advirtió la niña—. Todo esto se encuentra en un estado penoso.

—Fíjate en los retratos de las paredes. Seguramente correspondan a los antiguos habitantes de la casa.

—Algunos tienen un aspecto inquietante —puntualizó ella—. Pero mira. Aquí hay unas escaleras. Deben de bajar hasta el sótano. ¿Prefieres inspeccionarlo o subimos a las plantas superiores?

—Echemos un vistazo ahí abajo. Pero lo que no me gustaría dejar de visitar es el torreón.

Iniciaron el descenso, cuando Luci volvió a advertir a su amigo:

—¡Mucho cuidado! Algunos escalones están medio podridos y podríamos sufrir algún accidente.

El sótano era notablemente mayor que cualquiera de las habitaciones que habían visitado hasta entonces. Guardaba una enorme cantidad de trastos y muebles viejos. Estaban sin cubrir y repartidos sin ningún tipo de orden por toda su superficie. La suciedad y el mal olor se hacían aquí más patentes que en el piso superior. El lugar tenía menos posibilidades de ventilación al contar solo con tres pequeños ventanucos escondidos entre los enseres.

—Parece que aquí también vivieron niños —apuntó Julen, señalando dos caballos mecedores de plástico.

Un inmenso portón de madera comunicaba esta bajera con otra gran estancia dividida en dos partes, y que en otros tiempos parecía haber servido como almacén o como granero.

—A este lugar debían de bajar todo lo inservible —opinó Luci—. Será mejor que inspeccionemos los pisos de arriba.

—Creo que será lo mejor —aprobó el niño.

Enfocaron sus linternas hacia la escalera y, muy poco a poco, con la máxima cautela, regresaron a la planta principal. Desde allí continuaron ascendiendo hasta el primer piso. En él encontraron la cocina y dos cuartos de baño en estado ruinoso. Además, varias habitaciones y salones similares a los visitados en la planta inferior. Uno de estos salones parecía haber sido la biblioteca, pues contenía varias estanterías repletas de viejos

libros. Una espectacular lámpara rodeada de grandes telarañas adornaba su techo.

—Esta debió de ser una de las salas más acogedoras de toda la mansión —observó Luci—. Fíjate en sus butacones.

—Y en la chimenea —puntualizó Julen.

—El mueble-bar es espectacular. Pero será mejor que sigamos subiendo o no tendremos tiempo de verlo todo.

Durante el trayecto el niño recomendó a su amiga que procurara que todo quedase igual que estaba, para que nadie sospechara de su visita.

—Tienes razón —aprobo la niña—. Pero ¿qué es esto? —preguntó al tropezar con algo en la entrada de un cuarto de la segunda planta.

—Es una caja de herramientas —contestó el muchacho.

—Están casi nuevas. Y diría que las han utilizado hace muy poco tiempo.

—Este martillo aún conserva la etiqueta con el precio; y a mí me parece que es bastante actual —corroboró Julen.

—Es cierto. Y en aquella mesa hay restos de comida que parecen recientes.

—Me gustaría saber qué es lo que está ocurriendo aquí.

—¡Julen! ¡Mira aquella pared! —señaló Luci—. Está totalmente picada. Como si estuviera en obras.

—Sí. Pero se supone que aquí no vive ni entra nadie.

—Pues alguien debe de estar visitándola aparte de nosotros. Y por algún motivo. Todo esto es bien extraño.

—Sin embargo, hemos pasado centenares de veces por delante de ella y jamás hemos visto movimiento alguno a su alrededor.

—Eso es cierto. Pero recuerda las misteriosas marcas de los neumáticos.

—Todo esto resulta muy inquietante —opinó el muchacho—. Pero será mejor que suspendamos las investigaciones por hoy, pues se nos ha hecho ya bastante tarde. Antes, quisiera echar un vistazo al torreón —añadió—. La escalera de acceso tiene que estar por aquella esquina.

Ascendieron por una estrecha escalera de piedra en forma de caracol, pero por desgracia para el chico, a su conclusión, se to-

paron con una oxidada puerta de hierro que parecía estar cerrada con llave y les impedía el acceso a la ansiada torre.

—Está bien —dijo decepcionado—. Es hora de regresar.

Descendieron con rapidez hasta llegar a la ventana por la que se habían introducido en la mansión, pero no sin antes pasar de nuevo por la biblioteca, de la que Luci tomó algunos antiguos periódicos y unos viejos manuscritos archivados en unas vetustas carpetas de cartón marrón que le habían llamado poderosamente la atención.

—No creo que nadie los eche de menos. Pero a nosotros nos pueden servir para encontrar alguna pista de todo este misterio. Presiento que estamos a las puertas de una aventura repleta de emociones.



II) CONTRATIEMPOS

A la mañana siguiente Julen pensó que Rosa, al llevar muchos años viviendo en el pueblo, podría conocer algo interesante sobre la historia de la mansión de los Lucena, que así se llamaba la casona. Él, todo lo que sabía era que la marquesa de Lucena, su última moradora, había muerto hacía doce años; y que desde entonces la casa permanecía cerrada. Durante el desayuno aprovechó la ocasión para sonsacarle toda la información que le fue posible.

—Rosa, ¿tú sabes algo de la mansión de los Lucena?

—¿Por qué te interesa ahora esa casa?
¿No estaréis tramando algo raro?

—No. Lo que ocurre es que pasamos todos los días por delante de ella cuando vamos al río, y a nosotros nos extraña mucho

que siga vacía. ¡Es tan bonita! ¿Quién es su actual dueño?

—La casa perteneció durante generaciones a los marqueses de Lucena, que eran las personas más influyentes de la localidad. Pero al final fue como si una maldición se hubiera apoderado de toda aquella familia. Los padres de Brígida, la última Marquesa que habitó el inmueble, murieron en un terrible incendio que se declaró una noche en la mansión, cuando todos dormían. Antes la habían obligado a casarse con un militar de muy alta graduación que falleció ahogado al poco de haber tenido su único hijo. Unos años después, Inés, la otra hija de los Marqueses, cayó desde lo alto del torreón. Dicen que se quitó la vida al no poder superar la muerte de sus progenitores. Brígida y su hijo se quedaron solos en la casa, junto al personal de servicio. Adolfo, que así se llamaba el chico, partió rumbo a Estados Unidos al

cumplir los veinte años, y desde entonces no ha regresado. Es el único heredero de la Marquesa. El administrador de la familia se encargó de hacerle llegar las joyas y los bienes que su madre Brígida le dejó al fallecer. La casa permanece cerrada desde entonces, a la espera de que Adolfo regrese o se decida a venderla.

—Quizá, este hombre también haya muerto —sugirió Julen—. Se me hace muy raro que se haya desentendido de esta hermosa propiedad durante tanto tiempo.

—Él no ha muerto. Dicen que huyó porque no podía soportar la presencia del fantasma de su tía Inés merodeando por la casa. Se fue jurando que jamás regresaría.

—¡Un fantasma! —exclamó asombrado el niño—. Pero eso no puede ser verdad.

—Pues sí. Todos creían que aquello era consecuencia de los traumas que el joven pasó durante su niñez. Pero en los últimos tiempos hay quien asegura haberle visto danzando en lo alto del torreón, como lo hacía la infortunada muchacha. La última vez, hará unos dos años, poco antes de que llegais vosotros al pueblo. Yo creo que solo son habladurías de la gente.

—¿Pero por qué no la vende? Podría encargar a un representante la operación, y él no tendría ni que acercarse por aquí.

—No lo sé. Supongo que no querrá que transformen o derriben la casa que durante generaciones fue morada de su familia.

—Es una historia fantástica, Rosa. Otro día me tienes que seguir contando más sucesos que ocurrieron allí. Seguro que tienes que conocer decenas.

—De acuerdo; ¿pero no estaréis pensando en entrar en ella? Mira que puede ser peligroso. Debe de estar plagado de suciedad y de ratas.

—Descuida —le tranquilizó Julen mientras sacaba sus cuadernos. Estaba ansioso por terminar sus deberes y salir al encuentro de su amiga.

Cuando se encontraron, el niño no podía disimular su entusiasmo por las pesquisas obtenidas. Estaba deseoso de poder compartirlas con Luci.

—Ya sabía yo que esa casa escondía algo muy gordo, pero lo que nunca me llegué a imaginar es que entre sus paredes habitara un fantasma.

—¿Un fantasma? ¿De qué estás hablando?

—Me lo ha contado Rosa. Parece que hace mucho tiempo, una muchacha se tiró desde lo alto del torreón, y durante años su fantasma se estuvo apareciendo por las inmediaciones, no se sabe con qué pretensiones —y acto seguido, le contó a Luci toda la historia que Rosa le acababa de narrar.

—Pues por lo que veo, no se trata del único secreto que esconde la casa. Los viejos periódicos que me llevé, que son de la época en que falleció Brígida, hablan de la misteriosa desaparición de unas joyas y de unos valiosos retratos de la familia.

—Rosa me dijo que su administrador se encargó de enviar todos los bienes de la anciana a Adolfo, el hijo que tiene en Estados Unidos.

—Pues según parece, no la totalidad llegó hasta sus manos. Una buena parte se quedó por el camino.

—¿Y de qué tratan los manuscritos?
—quiso saber el muchacho.

—Son como capítulos de un diario perteneciente a la marquesa Brígida. Pero hablan de cuando apenas era una cría. Describen la vida que llevaba junto a sus padres y a su hermana Inés: sus paseos a caballo, sus baños en el río... Además, hablan de los numerosos conflictos que tuvo la familia con los trabajadores de las tierras, a los que no debieron de pagar muy generosamente, de la escuela en la que estudió, y de la relación que tuvo con un chico llamado Bernardo, del que se enamoró perdidamente, pero al que tuvo que dejar de ver a causa de la oposición de sus padres.

—¿Por qué se opusieron?

—Al parecer no pertenecían a la misma condición social. Y eso debió de suponer un obstáculo insalvable.

Los dos pequeños decidieron volver a verse aquella misma tarde para realizar una nueva exploración en el interior de la mansión.

—¿Te parece que quedemos a las cuatro? —propuso Julen.

—De acuerdo —aprobó Luci.

Tal y como habían convenido, después de comer, los dos amigos se encontraron en el sitio acordado para regresar a ese lugar que tanto les estaba embelesando.

Por el camino no dejaban de especular llenos de emoción, planeando lo que harían en esta ocasión en el interior de la vieja casona.

—Tenemos que encontrar la forma de acceder al torreón —insistía el muchacho.

—Pero ese lugar tiene que ser extremadamente peligroso —advirtió la niña.

—¿Lo dices por el fantasma?

—No. Esa historia no me la termino de creer. Pero no olvides que fue allí desde donde cayó la infortunada Inés.

—¿Tú crees de verdad que se suicidara?

—Es posible. Pero puede que cayera accidentalmente. Y tú, ¿qué piensas del fantasma?

—A mí también me cuesta creer en esas cosas. Pero desde que conozco la historia, me entra un cosquilleo en el estómago cada vez que pienso en volver a entrar a la mansión.

—A mí me ocurre lo mismo; pero me encanta sentir esa sensación.

—Creo que este va a resultar un verano fantástico —sentenció Julen.

Pero todo su entusiasmo se vino abajo de un plumazo cuando llegaron a la verja de la vieja casa. A su lado, en el césped, una docena de jóvenes habían instalado sus tiendas de campaña y disfrutaban entre juegos y risas de aquel maravilloso entorno.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Julen decepcionado.

—Pues mucho me temo que tendremos que aplazar nuestra visita. No podemos dejar que nadie nos vea entrar en la casa.

—Esto sí que es un contratiempo inoportuno. Si al menos hubiéramos traído los trajes de baño, podríamos haber ido al río.

—Aún podemos regresar y organizar una excursión en bicicleta —propuso la niña—. Nos llevaremos a Cuco. Con esta histo-

ria de la mansión lo tenemos un poco olvidado.

—Es un plan perfecto —asintió el muchacho—. Ojalá que a esta gente no se le ocurra permanecer aquí demasiado tiempo.

—Mi padre —explicó Luci—, me contaba que cuando era joven e iba de acampada con sus amigos, solían estar más de quince días.

—Espero que no sea el caso; pero si así lo fuera, se me está ocurriendo una idea...

—¡Cuenta, cuenta!

—Pues estaba pensando en que el fantasma de la pobre Inés podría reaparecer una noche de estas.

—¿No se tratará de lo que me estoy imaginando? —preguntó sorprendida la niña.

—Ni más ni menos.

—¿Y te atreverías a tanto?

—Bueno; en realidad yo estaba pensando en ti, Luci.

—¡Vaya cara que tienes! Pero te perdono porque puede ser una idea maravillosa. Está decidido. Si no se marchan en cuatro días, resucitaremos al fantasma.

—Será muy divertido —concluyó Julen.

Durante unos días los niños retomaron las actividades habituales de cada verano, como salir en bicicleta o bañarse en el río, y aprovecharon, además, para dar largos paseos con Cuco y preparar los detalles del denominado “plan fantasma”.

Tres días después amaneció nublado y lluvioso. Los niños albergaron esperanzas de que este empeoramiento del tiempo hubiera precipitado la marcha de los acampados. Se acercaron hasta la casa deseosos de que así

hubiera sido; pero nada más lejos de la realidad. Los jóvenes permanecían atrincherados en el interior de sus tiendas, y sus cánticos y gritos podían escucharse a mucha distancia de donde se habían instalado.

—Parece que hoy no tienen la intención de largarse —se lamentó Julen acercándose hasta la verja.

Luci, dirigiéndose hacia uno de los chavales, le gritó:

—¡Oye! ¿De dónde venís?

—De Ávila. ¿Pasa algo?

—No; es solo por curiosidad. ¿Pensáis pasar aquí mucho tiempo?

—¿Y a ti qué te importa? —le contestó de forma grosera el chico.

—¡Oye, chivo, que nosotros no tenemos la culpa de que esté lloviendo!

—¡Que os larguéis, enanos! —gritó el joven mientras amagaba con tirar una piedra hacia donde ellos se encontraban.

Los niños se dieron media vuelta y, en el camino, Julen aseveró:

—¡Vaya un tipo antipático! Con esa perilla que tiene, el mote que le has puesto le viene ni que pintado.

—Ahora tengo más ganas que nunca de que hagamos regresar a la infortunada Inés —confesó Luci.

—Pues si lo queremos hacer mañana, debemos finiquitar el plan cuanto antes —sugirió el muchacho—. Necesitaremos una buena sábana blanca.

—Eso no será difícil. Yo puedo conseguir una de mi casa. Lo más complicado será introducirnos en la mansión sin que nos vean.

—Y una vez dentro —continuó Julen—, levantaremos con sumo cuidado una de las persianas de la fachada principal y, tú, subida en una silla y con la sábana sobre la cabeza, darás gritos hasta que salgan corriendo y no quede ninguno.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos al unísono—. Eso sí que va a ser divertido.

—Yo llevaré un potente foco que tiene guardado mi padre, con el que iluminaremos la figura del fantasma. Así dará mucha más impresión —propuso el chico.

—Estupendo —aprobó Luci—. Solo nos falta pensar cómo entraremos en la casa sin ser vistos.

—Yo creo que entre la oscuridad y lo enrollados que estarán con sus cosas, conseguiremos pasar desapercibidos.

—Si se encontrasen en el interior de las tiendas no tendríamos problema alguno, pero si estuvieran husmeando por los alrededores, deberemos poner el máximo cuidado, porque de lo contrario todo nuestro plan podría irse al traste.

—Estoy deseando que llegue ese momento.

Durante la cena, Julen se dirigió a su padre para pedirle permiso y poder salir a la noche siguiente. Ni él ni Luci tuvieron inconvenientes en obtenerlo, ya que durante el verano, todas las noches proyectaban cine nocturno en la plaza del pueblo, a donde acudía gran cantidad de gente.

—Está bien, hijo —concedió Enrique—. Pero veniros en cuanto termine la película. Ha llegado hasta mis oídos la noticia de que un tipo muy poco de fiar acaba de salir de la

cárcel y anda merodeando por aquí, no se sabe con qué intenciones.

—¿Por qué estuvo preso? —quiso saber el niño.

—Parece que era el jefe de una banda a la que se le atribuyeron numerosos robos y atracos. Ha pasado diez años condenado por ello. Ahora ha salido en libertad. Pero dicen que es de esa clase de persona que reincide una y otra vez.

—¿Sabes qué aspecto tiene? Te lo pregunto por si nos tropezáramos con él.

—Pues según me han dicho en el bar de la estación, por donde ya ha debido de pasar, es un hombre alto y delgado. De pelo negro. Debe tener unos 45 o 50 años, y su cara es muy desagradable. Tiene una gran cicatriz en la mejilla izquierda como consecuencia de una pelea que tuvo hace años con otro

interno. Su nombre es José Sánchez, pero sus compinches le conocen como el Pepo. Si lo llegarais a ver, alejaos de él inmediatamente —le recomendó Enrique.

—Quédate tranquilo, papá. Te aseguro que si me cruzo con ese tipo no voy a permanecer mucho tiempo mirándole la cara.

El nuevo día amaneció soleado. Julen, tras cumplir con sus tareas habituales, se dirigió a casa de su amiga con la intención de ultimar los detalles de la “operación fantasma”, que, si nada lo impedía, se llevaría a cabo esa misma noche.

—No nos podemos permitir el lujo de fallar con el plan —advirtió el niño—. Si no, serían capaces de quedarse varias semanas acampados, y no sé si podría aguantar tan larga espera.

—Eso no puede suceder —deseó Luci—. ¡Ahora que teníamos ante nosotros una de las mejores aventuras de nuestras vidas...! Debemos conseguir que se vayan sea como sea, y la desafortunada Inesita nos va a ayudar a lograrlo.

A continuación, el chico relató a la niña toda la historia que su padre le había contado sobre el Pepo, y la recomendación de que tuvieran los ojos muy abiertos, por si se encontraban con él.

—¡Vaya! —se lamentó ella—. Esperemos que esto no se convierta en otro contratiempo para nosotros.

—A mí me parece que no —opinó el muchacho—. Ese hombre tendrá planes muy diferentes a los nuestros.



III) EL REGRESO DEL FANTASMA

Aquella noche los niños cenaron temprano, y víctimas de una gran ansiedad que no escapó a la atención de sus padres.

—Te encuentro algo inquieta. ¿Es que te sucede algo? —interrogó Alba a su hija Luci.

—No, mamá. Solo estoy un poco ansiosa por volverme a encontrar con Julen. ¡Lo pasamos tan bien juntos...!

—No nos estarás ocultando nada —indagó Ramón, su padre.

—No, papá. Te lo prometo. Solo son cosas nuestras.

—Espero que así sea. Y en cuanto termine la película os volvéis para casa.

En casa de Julen las cosas no fueron muy distintas.

—Tened en cuenta todo lo que te conté del Pepo —le recordó Enrique a su hijo momentos antes de que este saliera de casa.

—Muy bien, papá —respondió el niño—. Quédate tranquilo.

Tras coger el material que previamente habían dejado preparado en el interior de sus mochilas, los dos amigos se encontraron finalmente en el lugar acordado.

—Ya era hora —aseveró Luci—. Creía que no llegaría nunca este momento.

—Esa misma sensación tenía yo —respondió el chico—. No sé si mi padre habrá sospechado algo. Apenas he podido disimular los nervios.

—Bueno —continuó ella—, el caso es que ya estamos preparados para la operación, y no debemos perder más tiempo. Así que manos a la obra.

Cuando se encontraban a unos quinientos metros de la mansión, Luci se sobresaltó al tener la impresión de que algo extraño estaba sucediendo.

—¿No has visto un destello azul procedente de las inmediaciones de la casa?

—No —contestó Julen—, pero ahora que lo dices, me parece estar oyendo como un murmullo en la lejanía.

Los dos niños se detuvieron en silencio, cuando un nuevo destello similar al descrito por Luci iluminó con toda claridad durante unos segundos la zona en la que estaba ubicada la mansión.

—¡Mira! ¡Mira! —gritaron los dos al mismo tiempo.

Los chicos se apresuraron con sigilo hacia la casa y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca de ella, se escondieron detrás

de unos matorrales para poder averiguar, sin ser vistos, lo que estaba ocurriendo.

Observaron que junto a la verja, por la parte exterior, se encontraban dos coches de policía aparcados con toda su iluminaria encendida. Sin duda alguna, eran los causantes de los destellos que habían percibido minutos antes. Pero ¿qué podían estar haciendo? Eso es lo que ahora trataban de saber.

Vieron que varios agentes merodeaban con sus linternas junto al muro de la mansión, muy cerca de la ventana por la que ellos habían entrado unos días antes.

—¡Juro que es cierto todo lo que les estamos contando! —gritaba muy alterado uno de los excursionistas.

—¡Todo es verdad! ¡Tienen que creerlos! —insistía otro.

—Está bien, muchachos. Calmaos —les tranquilizaba uno de los agentes—. No es la primera vez que esto ocurre. Supongo que será alguien que os ha querido gastar una broma.

—¡Un poco de tranquilidad! —ordenó un hombre de mediana edad vestido de paisano que parecía ser inspector del cuerpo—. Y que alguien de vosotros me repita detenidamente todo lo ocurrido. El resto permaneced en absoluto silencio. A ver si por fin me aclaro.

—Estábamos jugando una partida de cartas en una de las tiendas, cuando repentinamente oímos como un aullido de lobo —comenzó a explicar el Chivo—. Al principio, no le hicimos caso, pero debido a su insistencia salimos al exterior y, súbitamente, se abrió el balcón de la fachada principal del segundo piso. Y allí apareció, como de la nada, esa figura blanquecina que nos gritaba amenazante: “Fuera de aquí”, “Fuera de

aquí”. Nos quedamos perplejos, sin poder creer lo que estábamos viendo. A los pocos minutos, esa misma figura apareció danzando en el torreón instándonos a que nos fuéramos de una manera aterradora. En cuanto pudimos reaccionar, salimos corriendo hacia el pueblo para dar parte.

—¡Está bien! —exclamó el inspector—. Pues el fantasma o lo que sea parece haber desaparecido. Hemos registrado la casa de arriba abajo y no hemos encontrado ni rastro de él. Pero lo mejor será que os vengáis esta noche al pueblo y que mañana busquéis un lugar mejor para vuestra acampada. Junto al río no os faltarán sitios.

Al tiempo que todos parecían abandonar aquel lugar, Julen y Luci se miraban sin poder dar crédito a la escena que acababan de ver con sus propios ojos.

—¿Has oído lo que yo? —preguntó el sorprendido niño a su amiga.

—Es imposible ¿No habrás tenido tú nada que ver? —le interrogó Luci.

—¿Pero qué estás diciendo? Llevo toda la noche contigo desde que salimos.

—Pues te aseguro que yo tampoco.

—¿No será cierta la historia de Inés? —balbuceó Julen temblando.

—En esa casa está ocurriendo algo muy gordo, y tenemos que descubrir de qué se trata. ¿Qué tal si entramos ahora mismo?

—La policía ha dicho que no había nada sospechoso en su interior.

—Pero algo han tenido que ver esos chicos, y sea lo que sea, no puede andar muy lejos. Aunque esté muerta de miedo, creo que este es el mejor momento para entrar en

la mansión y tratar de averiguar qué está pasando.

—Yo también estoy un poco asustado, pero opino lo mismo que tú.

Los dos niños se levantaron de donde se encontraban agazapados y avanzaron de puntillas hacia la verja de la casa. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, comprobaron que otro coche de policía, este con las luces apagadas, permanecía estacionado junto a ella. Sin duda, el inspector decidió dejar un par de agentes de guardia durante toda la noche, por si se producía alguna novedad.

—¡Lástima! —se lamentó Luci—. Será mejor que regresemos. Mañana volveremos a intentarlo.

—Ojalá que para entonces hayan abandonado la vigilancia y esto se vuelva a quedar despejado.

—Seguro. A esos excursionistas no les quedarán ganas de acercarse por aquí.

—¡Ja,ja,ja! —rieron mientras iniciaban el camino de vuelta.

—¡Quién nos lo iba a decir! —intervino Julen—. El fantasma de Inés echándonos una mano.

Al llegar al pueblo, los dos amigos se despidieron y quedaron para primera hora de la tarde del día siguiente. Había sido una jornada cargada de emociones, pero los dos estaban convencidos de que aún les restaban muchas más por vivir.

Cuando Julen entró en su casa, su padre todavía estaba levantado.

—¿Qué tal la película, hijo? ¿Os gustó?

—Ha sido súper emocionante. Pero ya te la contaré mañana. Vengo rendido y con muchas ganas de acostarme.

—De acuerdo. Mañana me la contarás. Ya es demasiado tarde, y lo mejor será que nos retiremos los dos a descansar.

—Muy bien, papá. Iré en cuanto me tome un vaso de leche —aseguró el niño.

Ni que decir tiene que al muchacho le costó un gran esfuerzo conciliar el sueño aquella noche. No podía apartar sus pensamientos del suceso que acababan de experimentar; pero al final, le pudo el cansancio y se quedó profundamente dormido.

El padre de Luci llevaba un rato acostado cuando esta llegó. Su madre aún permanecía levantada viendo la televisión.

—Buenas noches, hija. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Buenas noches. Estuvimos muy a gusto. Había mucha gente, y en la calle el ambiente era muy bueno.

—¿Quieres que te prepare algo más para comer?

—Muchas gracias. Creo que me bastará con un poco de fruta. Estoy muy cansada.

Ella tampoco lograba quitarse de la cabeza la increíble historia del fantasma de Inés, pero al igual que a Julen, el sueño consiguió vencerla pasados unos minutos.

Al día siguiente, los dos amigos se volvieron a encontrar a la hora y lugar estipulados. Se pusieron en marcha, y al llegar a la mansión suspiraron con agrado al cerciorarse de que ya no existía ningún impedimento que les imposibilitara la entrada.

—¡Por fin! ¡Ya era hora! —se sintió aliviada Luci—. Ya empezaba a pensar que nunca se despejaría la zona.

—Vayamos a la ventana sin más demora —apremió Julen—. La mala suerte ya nos ha hecho perder demasiado tiempo.

—¡Maldita sea! —protestó la niña con un semblante de infinita decepción—. ¡Ahora sí que hemos perdido todas nuestras opciones! ¡La ventana está cerrada! —y asumiendo con resignación la derrota, añadió:

—Será mejor que regresemos. Nuestra aventura ha terminado.

—¡Espera, Luci! Aún puede haber una esperanza.

—¿Qué quieres decir?

—Que hombre precavido vale por dos.

—¡Explicate de una vez, que me tienes en ascuas!

—Que la última vez que entramos en la casa, cuando estuvimos en el sótano, se me ocurrió abrir uno de los ventanucos por si ocurría algo como lo que acaba de pasar. A lo mejor continúa abierto. Es pequeño, pero creo que podremos entrar por él.

—¡Eres un genio, Julen! —exclamó Luci, recuperando su habitual gesto de alegría mientras abrazaba a su amigo.

—No lo demoremos más. Vayamos a comprobarlo.

Se dirigieron hasta el lugar indicado por el muchacho. La pequeña ventana se encontraba aparentemente cerrada. El chico la empujó con fuerza para cerciorarse de que continuaba como él la dejó. Los dos estaban con los nervios a flor de piel. Al ver cómo la

puerta del ventanuco cedía, al tiempo que les permitía el acceso al interior del sótano, los niños explotaron en un grito de incontenible satisfacción.

Una vez dentro, y con el inevitable recuerdo del fantasma de la joven Inés, inspeccionaron una por una todas las estancias del edificio, sin notar cambio alguno. Solo en la pieza en la que Luci tropezó con la caja de herramientas detectaron diversas modificaciones.

—¡Fíjate, Julen! La caja no se encuentra donde la última vez.

—¡Y las botellas que hay sobre la mesa no son las mismas!

—Tal vez, fue la policía cuando anduvo merodeando por aquí.

—¡Mira la pared! Está bastante más picada que el otro día. No creo que se trate de la policía.

—Sí. ¿Pero quién puede estar interesado en picarla? ¿Y para qué? —indagó Luci.

—¿Y por qué solamente trabajan de noche? De día nunca hemos visto a nadie.

—¡Exacto! —sentenció la niña—. Todo lo que ocurre en esta casa, sucede después de anochecer. Estoy pensando que esta misma noche, a la hora del cine, podríamos volver a quedar para venir aquí y descubrir de una vez por todas lo que está pasando.

—De acuerdo, Luci. Así lo haremos. Esta noche será la definitiva.

Una vez en sus casas, los niños cenaron un poco antes de lo acostumbrado y, acto seguido, solicitaron los respectivos permisos de sus padres para volver a salir. Previamente-

te decidieron dar un paseo con Cuco por los alrededores de la casa de Luci.

—¡Qué pena que no podamos llevar a Cuco a esta misión! —se lamentó la niña—. Pero sus ladridos nos delatarían.

Cuando los dos amigos llegaron a la misteriosa mansión, los últimos rayos de sol estaban terminando de esconderse por el horizonte.

—Nos ocultaremos en la habitación que está enfrente de donde pican y permaneceremos en ella en absoluto silencio, para que en el caso de que aparezca alguien, poder escuchar todo lo que hablen —sugirió Luci.

—Espero que no se nos hayan anticipado —deseó Julen.

—No lo creo. Todavía no es suficientemente de noche para ellos.

Entraron por la pequeña ventana que daba acceso al sótano del inmueble y, tras encender sus linternas, subieron cuidadosamente por las escaleras hasta llegar a la segunda planta. A continuación, se dirigieron a la sala en que se habían desarrollado los trabajos. Tras comprobar que todo seguía exactamente como lo habían dejado unas horas antes, se trasladaron a la habitación de enfrente. Se trataba de una pequeña sala de estar en la que, entre otras cosas, existía un sofá en una esquina, tras del cual los niños descubrieron el lugar idóneo para esconderse.

Durante la espera recorrieron de nuevo los pasillos y las habitaciones de la casa, sin poder sacudirse de sus cabezas el suceso acaecido la noche anterior en aquel mismo lugar.

—¿Tienes miedo, Luci? —preguntó el chico.

—Un poco sí —reconoció ella—. Pero tenemos que sobreponernos si queremos descubrir toda la verdad. Lo del fantasma no puede ser cierto.

—Pero la gente que estamos esperando puede ser peligrosa.

—Es posible. Pero si actuamos con cuidado no nos descubrirán.

En ese momento oyeron el rugir del motor de un coche acercándose hacia ellos.

—¡Luci! ¡Apaga la linterna! ¡Creo que ya están aquí! —ordenó el niño.

Observaron por entre las rendijas de la persiana de una de las ventanas de la fachada principal, y constataron como un coche oscuro se detenía junto a la verja, bajándose de su interior dos hombres y una mujer.

Al tiempo que los visitantes se acercaban lentamente a la casa provistos de unas potentes linternas, el automóvil volvió a ponerse en marcha, desapareciendo en unos segundos de la vista de los dos amigos.

—Creo que será mejor que nos escondamos —recomendó Luci—. La hora de la verdad ha llegado.



IV) LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Los recién llegados entraron con paso firme por la puerta principal. La abrieron con una llave que la mujer había extraído de su bolso, y posteriormente ascendieron hasta la habitación que se encontraba en obras.

—No tenemos tiempo que perder. Dentro de siete días sale el avión que nos pondrá rumbo al éxito —expuso uno de los hombres.

—Solo falta por picar este lado de la pared. Empecemos sin más dilación. Tienen que estar por aquí —añadió el otro.

—Trabajad lo más rápido que podáis —intervino la mujer—. Yo, mientras tanto, os prepararé unos cafés.

Un tremendo estruendo retumbó por toda la casa cuando los dos hombres comenzaron a golpear la pared de aquella estancia.

A pocos metros, Luci y Julen no perdían detalle de todo cuanto estaba ocurriendo.

Un cuarto de hora más tarde interrumpieron los golpes, y uno de los hombres interrogó al otro.

—¿Pero seguro que te dijo que se encontraban en este lado del cuarto? ¿No podría tratarse de otra pared o del cuarto de enfrente?

—No. El plano no deja lugar a dudas. Tiene que ser aquí.

—¿Y no te habrá jugado una mala pasada ese bribón de Joaquín?

—No. Él confía en mí. Sabe que cuando salga de la cárcel le estaré esperando con su

parte. Además, no tenía otra opción. Le quedan dos años por cumplir, y hay rumores de que antes de que eso suceda pueden derribar la casa.

—Tuvo mala suerte ese pájaro. Después de esconder todas aquellas joyas, lo detuvieron por otros asuntos justo antes de que muriera la vieja.

—Sí. Pero a mí me vino muy bien conocerlo en la prisión. Gracias a ello todos saldremos ganando.

—Eso será si encontramos el maldito botín. Casi seguro que el muy imbécil debió cometer algún error. Estoy convencido de que lo escondió en la habitación de enfrente. Acompañadme —y cogiendo con sus manos un gran mazo se dirigió, seguido de sus compañeros, a la sala donde estaban escondidos los niños.

—¿A ver por dónde empiezo? —se preguntaba—, ¿por la pared del armario? No. Empezaré por la del sofá. Mi intuición me dice que allí encontraremos algo.

Apartó con virulencia el sofá; pero cuando se dispuso a pegar el primer mazazo contra la pared, la sorpresa que recibieron fue mayúscula.

—¡No lo haga, por favor! —suplicó Julien—. ¡Tenga cuidado!

—¡Pero qué demonios...! —exclamó el hombre—. ¿De dónde habéis salido vosotros?

—Les juramos que no hacíamos nada malo —intercedió Luci—. Tan solo queríamos saber si era verdad lo del fantasma. Pensábamos que la casa estaba deshabitada.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —quiso saber el otro hombre.

—Acabamos de entrar. Apenas llevamos un minuto —mintió el niño.

—¿Y cómo habéis conseguido meteros?

—Por una pequeña ventana del sótano. Descubrimos que estaba abierta.

—¿Qué hacemos con ellos? —indagó la mujer a sus dos compañeros.

—Yo no sé lo que estaríais haciendo —les dijo uno de los hombres con el rostro muy serio—. Pero debéis saber que habéis violado una propiedad privada, y eso es un delito muy grave. Os podrían encerrar una buena temporada en un reformatorio, y a vuestros padres ponerles una buena multa. Por esta vez lo voy a dejar pasar, pero como os vuelva a ver merodeando por aquí, os juro que os denuncio a la policía. Así que largaos inmediatamente y no regreséis nunca más. Iros a jugar a otra parte.

—Sí, señor. Se lo prometemos —aseguró Julen.

Los niños se dirigieron hacia la puerta principal y salieron cariacontecidos de la mansión.

—Ahora sí que se acabó todo —se lamentó Luci.

—Pues a mí me parece todo lo contrario —respondió enigmático Julen—. Acabamos de dar con una punta de la madeja.

—¿Pero de qué madeja estás hablando? —interrogó la chiquilla.

—Estoy convencido de que uno de los hombres que se ha dirigido a nosotros era el Pepo. El peligroso delincuente al que se refería mi padre. ¿No te has dado cuenta de la cicatriz que tenía en su mejilla izquierda?

—Tienes razón. Y seguro que no estaba en la casa por casualidad.

—Estuvieron hablando de un tal Joaquín. Un compañero de prisión que debió esconder allí hace años algo muy valioso.

—Claro —razonó Luci—. Debe de tratarse de las joyas que desaparecieron. Seguro que ese tal Joaquín trabajaba en casa de Brígida, y se aprovechó de que esta estaba enferma, para robárselas y colocarlas en otro lugar.

—Pero con lo que no contaba —continuó el chico—, es que iba a ser detenido por otras fechorías antes de que tuviera tiempo de recuperarlas.

—El asunto se está poniendo muy interesante —concluyó la niña—, pero seguro que nos habrán cerrado la ventana y no ten-

dremos ninguna posibilidad de encontrar el tesoro antes que ellos.

Mientras tanto, en el interior de la mansión, los tres individuos discutían sobre el asunto.

—Tranquilos, los niños no serán ningún problema. Se fueron bien asustados y no regresarán. Hubiese sido peor retenerlos. La policía se hubiera echado encima de la casa para buscarlos.

—Sí; pero dentro de una semana sale el avión que nos tiene que llevar hasta el comprador y las malditas joyas siguen sin aparecer.

—Todos deberíamos calmarnos. A partir de hoy nos arriesgaremos y trabajaremos día y noche hasta que aparezcan.

Durante los días sucesivos Julen y Luci se dedicaron a las actividades habituales de

los otros veranos, y aunque era divertido ir al río con Cuco o salir de excursión con las bicicletas, el tener que haber abandonado el caso les había dejado un poco decepcionados.

—¡Qué mala suerte que nos pillaran!
—se lamentaban incesantemente.

—Estoy segura de que podríamos haber llegado al fondo del asunto —aseguraba ella.

—Ya. Pero ahora no tenemos modo de retomarlo. Tendremos que resignarnos.

—Sí. Y conformarnos con las sesiones de cine de la plaza —concluyó la niña apesadumbrada.

Una mañana, después de desayunar, Luci tomó en sus manos el diario de la Marquesa. No tenía más intención que la de saciar su curiosidad, pues estaba totalmente convencida de que aquel asunto se había ce-

rrado definitivamente para ellos. De pronto, puso su atención en unos pergaminos que parecían corresponder a la última etapa de su vida. Acercándose una de las hojas, leyó:

“Hoy sé que Joaquín, al que creía un fiel criado, no es más que un vulgar traidor. Tras conseguir levantarme con un gran esfuerzo de mi lecho de muerte, le he sorprendido escondiendo un buen número de joyas y algunos valiosos retratos de familia. He visto cómo los ocultaba en un agujero que había abierto en la pared de una de las habitaciones del segundo piso. Afortunadamente, he tenido las suficientes energías para, en su ausencia, recuperarlos y colocarlos en un falso techo del torreón”.

“Desearía —continuaba más adelante— que este diario llegase a una persona honrada, para que se encontrase dicho tesoro y se distribuyese según mis instrucciones:

Que los retratos le sean entregados a mi hijo Adolfo, único heredero legal de los Lucena, y continúen, así, siendo patrimonio de la familia.

Que las joyas sean vendidas, y el dinero resultante sea repartido entre la gente más necesitada del pueblo, a la que mis predecesores tanto exprimieron sin compasión”.

Junto a este testimonio, la niña encontró un poema escrito por la propia Marquesa en el que recordaba al verdadero amor de su vida, y el matrimonio de conveniencia que poco después se vio obligada a aceptar contra su deseo. Aquellos sentidos versos consiguieron conmover profundamente a la pequeña:

EL ERROR

¡Qué fácil es hacer daño
a quien decimos querer,
y condenarle a cien años
de singladura cruel!

¡Y qué inmenso es el error
de creer que la ternura
se arranca con un amor
forzado con ligaduras!

El amor no es un trofeo
que se pueda levantar

anulando los deseos
de quien juramos amar.

Amemos sin olvidar
que no hay amor verdadero
nacido sin libertad
ni forjado con el miedo.

Esta información obtenida por Luci suponía un gran avance en la investigación. Por un lado, se confirmaba que tras todo este asunto andaban el Pepo y sus compinches, que con las indicaciones de Joaquín, el ingrato sirviente de Brígida, trataban de recuperar las joyas que este había sustraído doce años atrás. Pero lo más importante, que ya conocían el verdadero lugar en el que permanecía escondido el sustancioso botín.

Estaba deseando poder compartir estos fabulosos descubrimientos con su amigo; pero, ¿qué podían hacer? Ellos eran apenas unos chiquillos, y se encontraban ante una peligrosa banda de delincuentes profesionales que seguro, no se quedarían impasibles si supieran que alguien estaba intentando estropearles sus planes.

Esa misma tarde, cuando los niños se volvieron a encontrar, Julen advirtió en los ojos de su amiga que algo importante había sucedido. Luci, tras contar todo lo que acababa de descubrir en los manuscritos de Brígida, resumió la situación:

—No hay duda de que Joaquín intento apoderarse de parte de las joyas de la Marquesa; pero para su desgracia, esta lo descubrió a tiempo y, sin que él se percatase, logró ponerlas a buen recaudo. Antes de darse cuenta de esto, la policía lo detuvo por otros delitos que había cometido anteriormente y,

para él, las joyas quedaron supuestamente ocultas donde las escondió. Durante el tiempo que Joaquín estuvo en prisión, un colega se ocupó de alejar a los curiosos con la historia del fantasma. Pero al llegarle el rumor de que iban a derribar la casa, decidió asociarse con el Pepo, a condición de que este le reservara su parte hasta que él, dentro de dos años, saliera de la cárcel.

—Y en eso andaban el Pepo y sus amigos, cuando nos interpusimos nosotros —concluyó el muchacho.

—El problema está en que a pesar de haber resuelto el caso, y de saber dónde se encuentran escondidas las joyas, no podemos hacer nada para evitar que se las lleven. Si no entendí mal, mañana tenían que tomar ese avión tan importante del que hablaban.

—Aún tenemos la posibilidad de que no hayan conseguido encontrarlas —apuntó con

acierto el niño—. Te recuerdo que no están escondidas donde ellos creen.

—Esperemos que así sea —confió la niña—. De todas maneras, las joyas se hallan ocultas en el torreón; y aquello parece una fortaleza inexpugnable. ¡Dios sabe dónde estarán las llaves!

—Pero no seas tan pesimista. Yo también guardo una gran noticia. Puede que aún no esté todo perdido. Admito que es una remota posibilidad, pero debemos intentarlo —sorprendió Julen.

—¿Qué sabes que yo no sepa? —inquirió Luci.

—Esta misma mañana estuve en la biblioteca en busca de unos datos que necesitaba para un trabajo del colegio, y encontré por casualidad un viejo libro que contenía los planos de unos pasadizos estratégicos

que se construyeron en el pueblo durante los tiempos de la guerra. Y ¿adivina lo que descubrí? —interrogó el muchacho.

—¡Qué manía has cogido con tenerme en ascuas! —protestó la niña—. ¡Dime de una vez lo que descubriste!

—¡Prepárate!

—¡Prepárate no! —interrumpió Luci—. ¿Se puede saber ya qué descubriste?

—Descubrí que uno de los pasadizos va desde la iglesia hasta el sótano de la mansión de los Lucena.

—¿Es cierto lo que estás diciendo? —preguntó entusiasmada ella—. Si es así tenemos que actuar inmediatamente. Incluso es posible que ya sea demasiado tarde.

—¿No sería mejor contárselo todo a la policía?

—Tardarían un siglo en creernos. Y para cuando movieran sus culos, aquellos estarían ya demasiado lejos.

—Pero aunque logremos llegar al sótano, ¿cómo lograremos acceder al torreón?

—Las llaves tienen que estar por algún lado de la casa. Hay que tratar de encontrarlas como sea.

—¿Pero cómo vamos a hacer si están ellos dentro?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! No lo sé. Ya veremos sobre la marcha. ¿Para qué me cuentas lo del pasadizo, si luego no dejas de poner pegas? No hay tiempo que perder. Recuerda que mañana mismo tienen que coger ese dichoso avión.

—De acuerdo —aprobo Julen—. Cojamos nuestras linternas y vayamos ya hacia la iglesia.

Pocos minutos después los dos amigos se hallaban frente a la parroquia. Entraron por la puerta principal, que permanecía abierta a casi todas las horas del día, y se dirigieron de puntillas hasta la sacristía, temiendo ser descubiertos por alguien; cosa que afortunadamente no sucedió. Levantaron una trampilla metálica que vieron en el suelo, introduciéndose posteriormente a través de ella. Descendieron por unas escaleras hasta alcanzar un estrecho y largo túnel. Encendieron sus linternas, y comenzaron a caminar en línea recta a través de él.

—Yo creo que debe de haber unos dos kilómetros de distancia —calculó Julen.

—Avancemos lo más rápidamente posible —sugirió Luci—. Este lugar me inquieta.

Veinte minutos más tarde llegaron al final del pasadizo. Subieron por unas escaleras similares a las que habían utilizado en la

iglesia y, a través de ellas, después de levantar la correspondiente trampilla, aparecieron en el sótano de la casona.

—Ha sido más fácil de lo esperado —admitió el muchacho con satisfacción—. Ahora debemos encontrar las llaves del torreón. Abre bien los ojos. Pueden estar en cualquier parte.

Tras registrar infructuosamente el sótano, ascendieron hacia los pisos superiores de la casa.

—¡Dios mío! —susurró la niña—. Hay alguien en la segunda planta. Y seguro que son ellos.

Trataron de esconderse haciendo el menor ruido posible bajo una cama que descubrieron en una habitación que tenía la puerta abierta. Pero en ese momento oyeron una voz a sus espaldas.

—¡Eh! ¿Qué habéis venido a hacer aquí?
Os dijimos bien claro que no volvierais.

Los dos amigos se quedaron sin saber qué hacer ni qué decir. El Pepo fijó su mirada en los manuscritos que llevaba la niña en una de sus manos y se los arrancó de un fuerte tirón.

—¡Fijaos en esto! —informó a sus compañeros—. Estos mocosos sabían dónde se encontraba nuestro tesoro y trataban de arrebatárnoslo. La bruja de la Brígida se la pegó al imbécil de Joaquín y los ocultó en la torre.

—Iré a por las llaves —se apresuró la mujer—. Comprobaremos de inmediato si esa historia es cierta.

Al poco rato, consiguieron acceder al torreón y confirmaron la veracidad del diario de la Marquesa.

—¡Bingo, al fin lo hemos logrado!
—gritaban alborozados—. ¡Y justo a tiempo!

—¿Qué hacemos con estos? —preguntó el segundo de los hombres al Pepo.

—Ahora sí que no los podemos soltar. Los dejaremos aquí maniatados y, cuando estemos a salvo, avisaremos a la policía. A fin de cuentas, ellos son los que nos han puesto el premio en bandeja.

Dejaron a los dos pequeños sentados en el suelo y atados a unas pequeñas columnas. Los habían amordazado y no podían comunicarse entre ellos, pero en la cabeza de ambos se imponía el mismo pensamiento: ahora sí que todo estaba definitivamente perdido. Habían resuelto el caso, pero los ladrones estarían muy pronto lejos de allí, y con el botín de los Lucena en su poder. Y para colmo, ellos habían contribuido, sin quererlo, a que así fuera.

Apenas unos minutos más tarde, les pareció escuchar un gran revuelo proveniente de la planta baja de la casa. Posteriormente, unos pasos que se acercaban precipitadamente hasta la puerta del torreón. De repente, esta se abrió y aparecieron ante ellos varios policías, acompañados de un hombre de paisano. Era el mismo inspector que conocieron la noche en que apareció el fantasma.

—¡Soltadlos! —ordenó a los agentes.

Estos cumplieron su orden en pocos segundos.

—¿Estáis bien, pequeños? —se interesó.

—Creemos que sí —respondieron al unísono.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?
—quiso saber a continuación.

—Tienen que ir inmediatamente al aeropuerto. No pueden perder más tiempo. Unos delincuentes han robado unas joyas que pertenecían a la Marquesa, y que permanecían ocultas en la casa. Pretenden huir al extranjero en un avión que sale mañana mismo —les previno Luci.

—¿No te referirás a dos hombres y una mujer que acabamos de detener en las inmediaciones?

—Seguramente. ¿Pero cómo supieron que estaban intentando huir?

—Nosotros hemos venido porque hemos recibido una llamada anónima en la que nos aseguraban que había vuelto a aparecer el fantasma. ¿Sabéis algo de esto?

—¿El fantasma? —preguntaron los dos niños mientras se miraban con incredulidad.

Julen y Luci tuvieron que contar decenas de veces la historia con todo lujo de detalles. Tanto a la policía como a sus padres; y aunque no pudieron evitar una pequeña reprimenda por parte de estos, al final recibieron las felicitaciones del pueblo entero.

El verano continuó sin mayor novedad, pero tal y como los niños habían vaticinado, resultó el más emocionante de sus vidas.

Tras la intervención del juez, los bienes recuperados fueron repartidos según los deseos de la marquesa Brígida.

La mansión de los Lucena no se llegó a derribar, pues su único heredero, Adolfo Lucena, decidió venderla al ayuntamiento de la localidad, que la convirtió en un bonito museo de arte.

Nunca se supo ya más del fantasma de Inés. Todos creen que se trató de una argu-

cia de aquella banda de delincuentes para mantener a la gente alejada de la casa. Julen y Luci, sin embargo, mantienen serias dudas al respecto.

FIN

